

El rol femenino en la duda cartesiana las discusiones filosóficas de René Descartes e Isabel de Bohemia

The Feminine Role in Cartesian Doubt: the Philosophical Discussions of René Descartes and Isabel de Bohemia

Rosario Sosa*

Resumen

El objetivo de este trabajo es dar a conocer, desde el punto de vista de la historia de las ciencias y de la epistemología, la pertinencia y el conocimiento, por parte de Isabel de Bohemia, de los temas discutidos con Descartes a través de la correspondencia epistolar. Para realizar dicho propósito utilizaremos algunas categorías de análisis de Diana Maffia (2007).

Descartes pasó los últimos años de su vida focalizado en discusiones y polémicas relativas a su sistema, e investigando sobre medicina y moral. Los estudios que realizó en estos campos se cristalizan en el tratado sobre *Las pasiones del alma*, el último de los escritos publicados por él.

En resumen, nos interesa, con respecto a la figura de Descartes, mostrar en primer lugar algunos aspectos de su pensamiento y su importancia en el siglo XVII; en segundo lugar, realizar consideraciones epistemológicas en relación con el rol de la mujer en la filosofía y en la ciencia; finalmente, mostrar la formación académica de Isabel de Bohemia para, en ese contexto, poner de relieve sus aportes en torno a los tópicos que discute con Descartes.

Palabras clave: género, epistemología, mujer, historia de la ciencia

Abstract

The objective of this work is to make known, from the point of view of the history of science and epistemology, the relevance and knowledge, on the part of Isabel de Bohemia, of the subjects discussed with Descartes through correspondence epistolary. To carry out this purpose we will use some analysis categories of Diana Maffia (2007).

The last years of his life, Descartes, he spent, focused on discussions and controversies relating to his system, and researching medicine and morals. The studies he carried out in these fields are crystallized in the treatise on *The Passions of the Soul*, the last of the writings published by him.

In summary, we are interested, with respect to the figure of Descartes, to show some aspects of his thought and the importance of it in the seventeenth century; Secondly, to carry out epistemological considerations in relation to the role of women in philosophy and science; finally, show the academic formation of Isabel de Bohemia to, in this context, highlight their contributions around the topics discussed with Descartes.

Keywords: gender, epistemology, woman, history of science

* Universidad Nacional de Salta - CIUNSa

Introducción

Descartes pasó los últimos años de su vida pasó focalizado en dos cuestiones: por un lado, en discusiones y polémicas relativas a su sistema, como consta en los *Principios* y, por el otro, en investigaciones de medicina y de moral, disciplinas que consideraba estrechamente vinculadas. Los estudios que realizó en estos campos se cristalizan en el tratado sobre *Las pasiones del alma*, el último de los escritos publicados por él. En general, los estudiosos marcan el hecho de que, para comprender dicha obra, se tiene que leer la correspondencia que sobre los mismos temas mantuvo con muchas personas, entre las cuales se encuentra la princesa Isabel del Palatinado.

Desde hace unos años, principalmente en Europa y Estados Unidos, a través de los denominados *Women's Studies*, asentados en el ámbito universitario, se viene revisando la construcción androcéntrica de las diferentes disciplinas académicas. Las más expuestas a la crítica son las pertenecientes a las humanidades y a las ciencias sociales, aunque también existe una tradición en el cuestionamiento de la historia de la Filosofía y de las Ciencias. Es el feminismo uno de los principales movimientos que ha revitalizado y desarrollado el pensamiento crítico no-androcéntrico, contando como hito del siglo XX *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir.

El viraje que se produjo, dentro de la Epistemología, al introducir la reflexión del conocimiento científico a partir de lo que se consideraba “contexto de descubrimiento”: Historia, Sociología y Psicología de la Ciencia, modificó radicalmente la perspectiva de la disciplina. Se enriquecieron los estudios sobre la ciencia, desde el punto de vista filosófico, al considerar los contextos sociales e históricos que Kuhn vaticinaba en la *Tensión esencial* como factores importantes en el campo epistemológico. Al mirar cómo se gestaron hipótesis, teorías, experimentos, observaciones, entre otras cuestiones, el rol de la mujer —desconocido hasta entonces— comienza a cobrar relevancia. No obstante, como señala Harding (1996) en *Ciencia y feminismo*, la mayoría de los estudios sociales post-kuhnicos de las ciencias naturales, como sus antecesores filosóficos e históricos pre-kuhnicos, han evitado de forma sistemática examinar las relaciones entre *género* y *ciencia*, tanto en sus dimensiones históricas como sociológicas.

Historiadoras como Joan Kelly y Gerda Lerner (cit. por Anderson y Zinsser, 2009) llamaron la atención sobre dos modos importantes en los que la historia tradicional había distorsionado el pasado de las mujeres. Argumentaron que, por un lado, la historia dejaba a estas al margen y, por el otro, que la historia se estructuraba de tal manera que era imposible su inclusión. Los períodos tradicionales reflejaban las experiencias de los hombres; cuando las de las mujeres eran diferentes, se consideraban sin importancia y se las omitía. Siguiendo estos trabajos pioneros, los historiadores comenzaron a “descubrir” la historia de las mujeres y, desde 1970, la investigación y el estudio acerca de ellas en

Europa produjeron cientos de obras. Por otra parte, compartimos dos tesis de Kelly y Lerner (2009) quienes sostienen que “nacer mujer es el primer factor que define la experiencia de las mujeres, la distingue de la de los hombres y confiere un rasgo básico común a las vidas de todas las mujeres europeas” (cit. por Anderson y Zinsser, 2009: 13). La segunda proposición es que “[...] hasta hace muy poco, toda mujer se definía por sus relaciones con los hombres” (*idem*). Esto se ve muy claro en el caso de las mujeres que para hacer ciencia o acceder al conocimiento necesitan de padres, hermanos o esposos que les enseñen, les brinden sus bibliotecas, instrumentos, oportunidades o firmen sus trabajos.

Compartimos las críticas que realizan Guzmán Cáceres y Pérez Mayo (2005), quienes expresan la defensa de que no es posible una teoría general del conocimiento que ignore el contexto social del sujeto cognoscente. En la epistemología tradicional el sujeto es una abstracción con facultades racionales universales incontaminadas. Así, desde la teoría de género, se defiende la idea de que el sujeto del conocimiento es un individuo histórico particular cuyo cuerpo, intereses, emociones y razón están constituidos por su contexto histórico concreto y son relevantes para la epistemología, en particular, y la filosofía, en general.

En síntesis, el objetivo de este trabajo no es plantear problemas y discusiones dentro de las epistemologías feministas sino dar a conocer y “poner en valor”, desde el punto de vista de la historia de las ciencias y de la epistemología, la pertinencia y el conocimiento, por parte de Isabel de Bohemia, de los temas discutidos con Descartes a través de la correspondencia epistolar. Para realizar dicho propósito utilizaremos algunas categorías de análisis de Diana Maffía (2007) en “El vínculo crítico entre género y ciencia” a fin de analizar si se aplican a este caso o no, y argumentar en consecuencia. De este modo, coincidimos en parte con las motivaciones de Gornick (2009) quien dice que se propuso simplemente documentar la discriminación contra las mujeres en la ciencia (cfr. Gornick, 2009), y también con Martínez Pulido (2006), que sostiene con respecto a su libro: “[...] tiene como objetivo [...] divulgar capítulos de la historia de la Biología que incluyen mujeres [...] no es mi intención demostrar que este trabajo sea original [...] Pese a ello, siempre cabe un espacio para sistematizar piezas sueltas [...] que sólo puede apreciarse enmarcado en sus contextos históricos” (Martínez Pulido, 2006: 19).

En resumen, nos interesa trazar el siguiente recorrido: con respecto a la figura de Descartes mostrar, en primer lugar, algunos aspectos de su pensamiento y su importancia en el siglo XVII; en segundo lugar, realizar consideraciones epistemológicas en relación con el rol de la mujer en la filosofía y en la ciencia; finalmente, mostrar la formación académica de Isabel de Bohemia para, en ese contexto, poner de relieve sus aportes en torno a los tópicos que discute con Descartes.

En torno a la figura de Descartes

Reconocido por el *canon* filosófico como el primer filósofo de la modernidad, leemos sus escritos buscando determinados conceptos filosóficos. Pero se descuidan, en muchos casos, los aspectos científicos de sus aportes y la comunidad filosófica en la que el filósofo discutía su pensamiento.

El hecho de que Descartes pusiera en cuestión todo lo que se consideraba como “conocimiento verdadero” en ese momento, inaugura una actitud revolucionaria, no solo en la Filosofía, sino también en lo que entendemos hoy por ciencia, abriendo nuevos programas de investigación con respecto a la naturaleza y al mundo en general.

Para Descartes, y otros filósofos naturales de los siglos XVII y XVIII, las causas finales no están en la materia, sino que son impuestas desde afuera (desde la mente divina). Por lo tanto, estas causas no pueden ser objeto de explicación científica. Esta actitud de rechazo de las leyes inmanentes como principios explicativos creó un abismo particular entre la causalidad eficiente y final de Aristóteles.

En el marco de la filosofía mecanicista, y en la de Descartes particularmente, el problema de pasar de los “efectos a las causas”, en términos de Martínez (1999), es el problema central de la epistemología y Descartes trató infructuosamente de resolverlo.

El siglo XVII puede concebirse como el siglo de la “mecanización” del mundo y Descartes es su gran artífice. El punto de vista mecanicista consiste en ver los fenómenos de la naturaleza como máquinas cuyas partes y actividades podían analizarse de acuerdo con principios mecánicos. Para Descartes el cuerpo de los humanos y el de los animales es también una máquina hecha de materia física, pero existía un problema: las creencias religiosas tradicionales del Cristianismo afirmaban que el hombre era más que solo materia y era poseedor de un alma inmortal. La solución de este filósofo, para poder sostener el materialismo científico y evitar la herejía, fue postular un dualismo: los humanos son los únicos seres conscientes, poseedores de un alma divina, mientras que los animales son autómatas sin consciencia ni sentimientos. Descartes creía que su dualismo entre hombre y bestia, espíritu y máquina, alma y ser unánime, daba motivos suficientes para creer en una vida después de la muerte.

La obra de Descartes *Principios de Filosofía* ocupó una posición central (tanto en sentido positivo como negativo) en la Historia Natural. Esto lo marca, entre otros autores, Sloan (2001), quien expresa que en este “relato especulativo y comprensible, la vida orgánica fue sorprendentemente omitida” (Sloan, 2001: 45), porque Descartes no pudo explicar la organización del embrión a partir de las leyes del movimiento. Por tal motivo, las argumentaciones cartesianas pasan de la formación del mundo inorgánico a los niveles de vida preexistente y consciente.

De este modo vemos con Gribbin (2004), entre muchos otros, la gran influencia de Descartes y la importancia del hecho de que desterrara de su pensamiento todo vestigio de fuerzas místicas, aunque creía en Dios y en el alma. Por otro lado, insistía en que tanto el mundo en que vivimos, como todas las criaturas materiales que lo habitan, pueden entenderse como entidades físicas básicas que obedecen a leyes susceptibles de ser determinadas mediante experimentos y observaciones. Si bien Descartes sostuvo teorías que hoy no son correctas, sin embargo, fue tan influyente que su autoridad retrasó el avance científico de varias zonas de Europa (especialmente en Francia) hasta bien entrado el siglo XVIII.

La falta de certeza en los principios, así como la falta de fundamentación filosófica de la nueva “ciencia”, era una preocupación central de la filosofía del siglo XVII. Y Descartes lo expresa claramente. En palabras de Toulmin (2001):

El método consistente en basar las teorías en conceptos “claros y distintos” sedujo, así, a Descartes por dos tipos de razones: instrumentales, en cuanto que resolvían problemas en las ciencias empíricas, e intrínsecas, en cuanto que eran fuente de “certeza” en un mundo en el que el escepticismo se movía a sus anchas. A veces, esta dimensión dual dejaba algo oscuras sus prioridades. [...], al final de los *Principios de filosofía*, Descartes, se niega a exigir certeza lógica o metafísica a su explicación de la naturaleza. No puede probar formalmente que su sistema de filosofía natural sea la única teoría libre de contradicciones e inconsistencias (Toulmin, 2001:114-115).

Consideraciones epistemológicas con respecto al rol de la mujer en la filosofía y en la ciencia.

Seguimos el planteamiento de Maffía (2007) cuando aclara en su trabajo “El vínculo crítico entre género y ciencia” que, si bien la historia y la filosofía de mujeres en ciencia son disciplinas bastante recientes, no obstante se pueden distinguir distintos abordajes conceptuales. Citamos a la autora:

[...] el *primero* procura echar luz sobre aquellas mujeres cuyas contribuciones científicas han sido negadas por las corrientes dominantes de la historia de la ciencia. El *segundo* complementa [...], analizando la historia de la participación de las mujeres en las instituciones de la ciencia, [...] El *tercero* se interesa por el modo en que las ciencias [...] han definido la naturaleza de las mujeres. El cuarto analiza la naturaleza masculina de la ciencia misma, y [...] que han producido la ausencia histórica de mujeres de cualquier rol significativo [...] (Maffía, 2007: 49-50).

Acordamos con la importancia en la distinción de estos abordajes, pero pensamos que, cuando leemos sobre la vida de estas mujeres que se interesaron por la filosofía y/o la ciencia, estos abordajes se cruzan.

Por otra parte, la siguiente clasificación de Maffía (2007) nos permitirá ver cuál fue la situación de Isabel de Bohemia. La especialista sostiene que la filosofía y la “ciencia” se han ocupado, desde sus orígenes, de ofrecer descripciones de la naturaleza femenina, ubicando a la mujer en un lugar diferente y jerárquicamente inferior al hombre. Los métodos que se han seguido son los siguientes:

Señalar diferencias biológicas y psicológicas naturales e inevitables entre los hombres y mujeres.

Jerarquizar esas diferencias de modo tal que las características femeninas son siempre e inescapablemente inferiores a las masculinas.

Justificar en tal inferioridad biológica el *status* social de las mujeres (Maffía, 2007: 4).

Consecuentemente con estas posturas, distintas teorías filosóficas y biológicas han contribuido a cimentar una concepción de la naturaleza femenina:

[...] la mujer es un ser biológicamente imperfecto, gobernado por sus pasiones, más cerca de lo instintivo que de lo específicamente humano, incapaz de los rasgos de racionalidad universal y abstracta que le permitirían ser un sujeto ético, y proclive a la enfermedad “*por naturaleza*”. (Maffía, 2007:4).

Por otra parte, es importante recordar que si conocemos el nombre de la Princesa Palatina es por el lugar destacado que ejercía en la sociedad de la época y por la elogiosa dedicatoria que le realiza Descartes en los *Principios de la Filosofía*:

Señora: El mayor fruto que he recibido de los escritos que he publicado es que os habéis dignado leerlos y que al ser conocido, gracias a ellos, he podido apreciar tales cualidades en Vuestra Alteza que creo de interés para el género humano proponerlas como ejemplo para la posteridad. [...] y sé que el juicio franco y simple de un filósofo os agradará más que las más pulidas alabanzas de los hombres más lisonjeros (Descartes, 1967: 293).

Desarrolla, Descartes, sus ideas sobre las virtudes verdaderas y aparentes, caracterizando las virtudes puras y sinceras como propias de la sabiduría. Ahora, aclara, que esta depende de la percepción del entendimiento y la inclinación de la voluntad; sostiene que la mayoría de las personas tiene la última y que:

[...] son mucho más perfectos aquellos en quienes se encuentra junto con una firmísima voluntad de actuar rectamente, el espíritu más perspicaz y la máxima preocupación de conocer la verdad. Evidentemente esta máxima preocupación se encuentra en Vuestra Alteza, ya que ni las diversiones de la corte, ni la habitual ecuación de las jóvenes, que suele condenarlas a la ignorancia, pudieron impedirlos estudiar cuidadosamente todas las artes buenas y las ciencias. Por lo demás, la máxima agudeza de vuestro espíritu incomparable se conoce en que habéis indagado todas las profundidades de estas ciencias [...] en muy poco tiempo. Pero de eso tengo [...] una prueba mayor [...] nunca encontré a nadie que haya entendido tan perfectamente los escritos que he publicado (Descartes, 1967: 294-295).

Y, luego de mostrar profunda admiración por el hecho de que una princesa, joven y bella sea portadora de tal conocimiento, finaliza la dedicatoria justificando por qué le dedica este libro de filosofía.

Quién era Isabel de Bohemia y cómo logró obtener una formación académica

Luego de las palabras de Descartes, solo nos queda preguntarnos quién era esta mujer exquisita e inteligente que subyugó al filósofo francés. Isabel de Bohemia nació en Heidelberg en 1618 y murió en 1680. Era hija de Federico V del Palatinado y de Isabel Estuardo. Las vicisitudes que esta familia real tuvo que sortear terminaron por conducirlos a perder el reino de Bohemia y a vivir exiliados en Holanda. Bajo tales circunstancias, la vida de Isabel no fue fácil; de hecho, era una princesa sin reino ni fortuna y, por si esto fuese poco, marcada por el protestantismo que profesaba. Vivió tiempos difíciles y los enfrentó de la mejor manera que pudo. No se casó y, como mujer soltera, tuvo que depender de sus parientes hasta que, finalmente, se refugió en un convento de Herford, del que llegó a ser abadesa.

La situación de hija de reyes depuestos y exiliados le suministró a Isabel la posibilidad de recibir una esmerada educación que, con el tiempo, le brindó la condición de mujer célebre por su erudición. Se sabe que estudió música, danza, arte, ciencias naturales, matemáticas y lenguas; hablaba inglés, alemán, francés, holandés e italiano y conocía el latín. También fue una estudiosa de la Grecia antigua, lo que le valió el mote de “La griega” entre los miembros de su familia. En general, nuestra princesa fue una gran lectora y una entusiasta estudiosa de las ciencias: asistía a experimentos científicos y a disecciones anatómicas, lo que terminó por conducirla hacia uno de los filósofos más importantes de su tiempo: René Descartes, de quien Isabel fue una devota admiradora; conocía su obra y había leído varios de sus textos, entre ellos las *Meditaciones*, el *Discurso* y las *Reglas*.

La Princesa se propuso la tarea de profundizar en las propuestas cartesianas y buscó el diálogo directo con el propio Descartes mediante una correspondencia que a menudo se ha señalado como una de las fuentes principales de la última obra del filósofo: *Las pasiones del alma*.

En torno al tópico principal que discuten Descartes e Isabel a través de su correspondencia

La relación epistolar que sostienen la princesa y el filósofo aporta una gran cantidad de datos que no podemos desconocer. Como puntualizan De Martino y Bruzzese (1996), este importante intercambio de cartas que va del 16 de mayo de 1643 al 3 de diciembre de 1649 y que comprende 26 cartas de la princesa y 33 del filósofo, en las que se tratan cuestiones filosóficas y matemáticas, debe ser tenido en consideración. Esto es así no solo a partir de lo que apunta Descartes, sino de aquello que preocupa a Isabel, pues afirman que “[...]el contenido de las cartas de la princesa, casi todas de argumento moral, ha sido generalmente subestimado, cuando no ignorado del todo por los historiado-

res, a favor de las cartas del filósofo [...]” (De Martino y Bruzzese, 1996: 165). Por otra parte, los *Principios de filosofía*, de 1644, ya habían sido dedicados a Isabel y ello deja entrever que tanto las teorías de la física como la posterior doctrina moral habían sido debatidas por el filósofo con la Princesa.

Salmerón Jiménez (2009) reflexiona acerca de la importancia de investigar las relaciones que entablaron las mujeres cultas de la época con filósofos y científicos a fin de develar los pensamientos que han quedado al margen de la historia de la filosofía y de la ciencia, ya que ellas participaron también en la conformación de determinados problemas e inquietudes de su tiempo.

Como vimos anteriormente, el 10 de julio de 1644 se termina de imprimir los *Principios*, texto precedido por una carta dedicada a la princesa Isabel, con quien Descartes mantenía una relación epistolar desde 1632. Y citamos las palabras de Garin (1989): “Ahora el filósofo la alababa por haber sido la única persona que él encontrara capaz de apreciar en conjunto, en su obra, los aspectos metafísicos y los aspectos geométricos” (Garin, 1989: 177).

Y este autor aclara más adelante que la correspondencia con Isabel se caracterizó por lo siguiente:

[...] la acentuación “práctica” del pensamiento cartesiano: se trata de la constitución del hombre, de la máquina humana; son los problemas del comportamiento, de la conducta humana, que cada vez más parecen convertirse en el punto central. Y es Isabel quien le impulsa en tal dirección. Su nombre une con un hilo profundo los *Principios* a las *Pasiones* [...] (Garin, 1989: 179).

Así, los nombres de Isabel de Bohemia y el abate Picot son indisolubles del pensamiento cartesiano en estos años de reflexión en torno a las *Pasiones*.

El tratado de las *Pasiones* es para Descartes una obra de física: por un lado, una especie de máquina hidráulica; por el otro, el juego de las pasiones. “Isabel, absorbida enteramente por problemas de psicología, de medicina y de moral, de una moral que es medicina de la mente, estima al filósofo. La correspondencia, desde 1643, está llena de problemas de ‘antropología’ y de ética” (Garin, 1989: 180).

Y, finalmente, aclara Garin (1989) con respecto al tratado de las *Pasiones*, que Descartes no tiene intención de publicarlo, y que la correspondencia entre Isabel, Chanut, y Cristina de Suecia se entrecruza con la reelaboración del texto; que es demasiado conciso y que ha aumentado alrededor de un tercio para su impresión. Así, sus cartas y las cartas que le dirigen constituyen el precedente, el fondo y el comentario de las *Pasiones* (Cfr. Garin, 1989: 180-181).

De acuerdo con Salmerón Jiménez (2009), si tomamos como eje la cuestión cartesiana del dualismo, que establece la línea divisoria entre materia y pensamiento, y contrasta así el mundo de la materia con el del espíritu, es claro que el universo material concebido como máquina había de comprometer de manera específica el *status* ontológico del hombre y también habría de aca-

rrrear problemas a su fisiología porque el dualismo abría la puerta a los cuestionamientos sobre la interacción de tales entidades: ¿cómo era posible que una sustancia material actuara sobre el alma, y viceversa?

Isabel pudo ver con meridiana claridad el problema y, pese a ser cartesiana en buena medida, no dejó de presionar a su maestro para que lo resolviera, aunque en el fondo también supo darse cuenta de que la cuestión del dualismo, tal y como quedaba planteada en las *Meditaciones*, no alcanzaría una solución adecuada por parte de Descartes. Y la historia nos muestra que no se equivocó. Además, tal dualismo se manifestaba de forma peculiar configurando lo que habría de ser uno de sus mayores obstáculos y uno de los problemas más relevantes para las épocas posteriores: el problema de la interacción mente-cuerpo, así como el de sus implicaciones morales, cuestiones ambas que Isabel hizo explícitas y que Descartes, haciendo gala de cortesía y dedicación, se dignó a explicar paciente y cordialmente a la princesa.

En su carta del 16 de mayo de 1643 Isabel pregunta:

[...] cómo el alma del hombre puede determinar los espíritus del cuerpo para que se hagan las acciones voluntarias. Pues, parece que toda determinación de movimiento se hace por el impulso de la cosa movida, y la manera como sea empujada por la cosa que la mueve, o bien, depende de la cualidad o de la figura de la superficie de esta última. Se requiere contacto en las dos primeras condiciones; y extensión, en la tercera. Usted excluye enteramente esta de la noción del alma, y aquél me parece incompatible con una cosa inmaterial. Por eso, le pido una definición del alma más particular que la que dio en la metafísica [...] (Descartes, 1945: 5).

La respuesta de Descartes del 21 de mayo de 1643 no deja lugar a dudas en cuanto a la relevancia que concedió a la pregunta de Isabel:

Y puedo decir con verdad que la cuestión que propone Vuestra Alteza me parece ser la que se me puede hacer con más razón, después de los escritos que he publicado. Pues, hay dos cosas en el alma humana de las cuales depende todo el conocimiento que podemos tener de su naturaleza: una es que el alma piensa, la otra que, estando unida al cuerpo, puede obrar y padecer con él. No dije casi nada de esta última y me apliqué solamente a hacer entender bien la primera, porque mi propósito principal era el de probar la distinción que existe entre el alma y el cuerpo, para lo cual aquella solamente pudo servir y la otra hubiera sido perjudicial. Pero, ya que Vuestra Alteza ve tan claro que no se le puede disimular cosa alguna de ella, trataré aquí de explicar de qué modo concibo la unión del alma con el cuerpo, y con ella tiene fuerza para moverlo. (Descartes, 1945: 9).

Luego, viene una detallada exposición con la cual el filósofo intenta resolver el problema y volverá a tratar dichas cuestiones en una carta del 28 de junio, ya que Isabel le ha vuelto a objetar en la del 20 de junio lo siguiente:

Y confieso que sería más fácil conceder al alma la materia y la extensión, que no a un ser inmaterial la capacidad de mover un cuerpo y de ser movido por él. Pues, si lo primero se hiciera por información, sería necesario que los espíritus que efectúan el movimiento fuesen inteligentes, lo que Usted no admite en nada corporal. Y, aunque en sus *Meditaciones metafísicas* Ud. muestra la posibilidad de lo segundo, es,

sin embargo, muy difícil de entender que un alma, tal como la describió Ud., después de haber tenido la facultad y la costumbre de razonar bien, pueda perder todo por algunos vapores, y que, pudiendo subsistir sin el cuerpo y no teniendo nada en común con él, le sea tan sumisa (Descartes, 1945: 15-16).

Compartimos la idea de Salmerón Jiménez (2009) y de Tommasi (2002) de que, pese al empeño del filósofo por ir resolviendo las dudas y las objeciones de Isabel, ella seguía convencida de que los argumentos esgrimidos por Descartes no eran suficientes.

Pretendemos que los fragmentos transcritos anteriormente sirvan de ejemplo a fin de mostrar que Isabel de Bohemia era una discípula difícil de convencer, y que ello se debía precisamente a su capacidad intelectual: como era capaz de pensar por sí misma, no iba a someterse a la autoridad intelectual de otro, aunque ese otro fuese el mismísimo padre del pensamiento moderno. En el diálogo que mantuvieron se puede “oír” discutir a dos personas en igualdad de condiciones; nada importa que uno oficie de maestro y la otra de discípula, pues entre ellos se establece un reconocimiento y aceptación de la estatura intelectual de su interlocutor.

Algunas conclusiones

En otros trabajos hemos destacado el hecho de que las mujeres que hicieron ciencia o filosofía a lo largo de la historia del pensamiento quedaron, en general, subsumidas tras un hombre o ignoradas totalmente. En este caso, afortunadamente, la relación epistolar entre Isabel y Descartes se encuentra documentada y publicada: por un lado, la correspondencia que ambos mantuvieron y la carta-dedicatoria con que Descartes ofrece a Isabel sus *Principios*; por otro lado, los historiadores hacen referencia a la importancia que tuvieron para las concepciones cartesianas las observaciones de la Princesa. De este modo, estamos en condiciones de reconstruir parte de un diálogo que habrá de aproximarnos a reconocer en Isabel un intelecto a la altura de la mente más lúcida de la modernidad. Pese a no contar con una obra propia que dé forma y textura a una concepción filosófica y científica, deja ver claramente que no solo era una buena lectora de estas disciplinas, sino que también comprendió cabalmente sus problemas, y de tal manera, que estuvo en condiciones de criticar y objetar las concepciones fundamentales del gran filósofo.

A lo largo de este trabajo hemos intentado mostrar que el caso de la princesa Isabel es una excepción difícilmente comparable con otra. Así, la primera categoría de Maffía se aplica, en parte, al caso de Isabel: la Princesa sí es conocida y nombrada dentro del campo de la historia de la filosofía. No obstante, creemos que la narración que la contiene la coloca en un segundo plano, como un dato anecdótico en la vida de Descartes.

Ella tuvo una formación extraordinaria, ya que pudo acceder a prácticas científicas privilegiadas como, por ejemplo, las disecciones de anatomía. Por

otra parte, no solo es una de las dos mujeres con las que Descartes tuvo la deferencia de mantener una relación epistolar, sino que reconoció públicamente y, para la posteridad, sus inigualables condiciones intelectuales y de conocimiento para convertirse en una interlocutora pertinente y atinada de su sistema filosófico. No obstante, hay un hecho que no deja de aparecer en la historia de las mujeres filósofas o científicas: debe existir un hombre (esposo, hermano, padre, maestro, colega, entre otros) que avale y brinde testimonio de las cualidades intelectuales, pericia, aporte científico o idea brillante de dicha mujer. Así, la historia retiene el nombre de Isabel a la sombra de Descartes; en el *canon* filosófico, el interés en Isabel recae solo en las preguntas que hizo a su maestro, pero ¿acaso no valen las preguntas, los intereses y los temas planteados por sí mismos y en función de quien los formula?

A partir de la lectura de las cartas entre Descartes e Isabel de Bohemia, nos parece legítimo preguntar: ¿cuánto de su pensamiento original le debe un gran maestro a un discípulo o discípula inteligente, que realiza preguntas acertadas? Sobre todo, en el caso de la Filosofía, cuando sabemos que en este tipo particular de conocimiento “las preguntas son más importantes que las respuestas”, los nuevos caminos que se abren amplían el horizonte de cuestiones filosóficas. La mayor parte de los filósofos se constituyeron como tales por extender las fronteras del pensamiento humano, señalando nuevos campos de investigación. De este modo, la historia de la Filosofía (y de la Ciencia) está jalonada no solo por la postulación de sistemas, teorías o hipótesis ingeniosas, sino también por el cuestionamiento de distintos agentes intelectuales que lograron desafiar la autoridad o el prestigio académico de filósofos o científicos reconocidos. Creemos que tenemos una deuda intelectual con la Princesa y que, desde la historia de la filosofía y de la ciencia, debemos leer a Isabel de Bohemia por sí misma y no solo en relación con su maestro, Descartes.

7. Bibliografía

- ANDERSON, B. y ZINSSER, J.** (2009). *Historia de las mujeres*. Barcelona: Crítica.
- DESCARTES, R.** (1997). *Las pasiones del alma*. Madrid: Tecnos.
- DESCARTES, R.** (1945). *Cartas sobre la moral*. Argentina: Yerba Buena.
- DESCARTES, R.** (1967). *Obras escogidas*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- GARIN, E.** (1989). *Descartes*. Barcelona: Editorial Crítica.
- GORNICK, V.** (2009). *Women in Science. Then and Now*. New York: The Feminist Press at the City University of New York.
- GUZMÁN CÁCERES, M. y PÉREZ MAYO, A. R.** (2005). “Las Epistemologías Feministas y la Teoría de Género”. *Cinta Moebio*, 22,112-126. www.moebio.uchile.cl/22/guzman.htm.
- GRIBBIN, J.** (2005). *Historia de la ciencia 1543-2001*. Barcelona: Crítica.
- HARDING, S.** (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Ediciones Morata.
- KUHN, T.** (1996). *La tensión esencial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MAFFÍA, D.** (2007). “El vínculo crítico entre género y ciencia” (material del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género) U. B. A., Argentina.
- MARTÍNEZ, S.** (1999). *De los efectos a las causas*. México: Paidós.
- MARTÍNEZ PULIDO, C.** (2006). *La presencia femenina en el pensamiento biológico*. Madrid: Minerva Ediciones.
- MARTINO, G. y BRUZZESE, M.** (1996). *Las filósofas*. Madrid: Cátedra.
- SALMERÓN JIMÉNEZ, M. A.** (2009). “Isabel de Bohemia: luces y sombras de la ciencia cartesiana”. En *La ciencia y el hombre*. Revista de divulgación científica y tecnológica de la universidad veracruzana. Vol. XXII, N° 2. Mayo-Agosto de 2009.
- SLOAN, P.** (2001). “Historia Natural, 1670-1802” en Barahona, A, Suarez, E. y Martinez, S. (comp.) *Filosofía e Historia de la biología*. México: UNAM.
- TOMMASI, W.** (2002). *Filósofos y mujeres. La diferencia sexual en la Historia de la Filosofía*. Madrid: Narcea Ediciones.
- TOULMIN, S.** (2001). *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad*. Barcelona: Ediciones Península.